

La calidad de esta señora es mucha, porque es Osorio y Toledo, descendiente de dos calificadas casas en España; tiene ánimo de dar cuenta á sus deudos, que los tiene en esta corte muy notables, para que estorben mis bodas. Hasta aquí ha llegado el obedecerte como á padre; de aquí adelante no permitirás que te obedezca, porque antes tomaré un hábito en el mas estrecho convento de esta corte, donde acabaré con mi vida, que yo sea esposa de mi primo.

Quedó el Embajador admirado con lo que oía á su hija; vió la cédula hecha á doña Blanca, convencióle la razon que tenia en poner por ella impedimento á las bodas que de futuro se esperaban, y determinó de despedirlas por su parte, y aun al sobrino, para que no viesen juntos desde aquel día. Hizo retirar las dos damas, y mandó llamar á Leopoldo, y venido á su presencia, le mostró la cédula que hizo á Blanca, diciéndole si conocia aquella letra. El, turbado y perdido el color, comenzó á negarlo, mas el Embajador le dijo que no lo hiciese, porque con muchas cartas suyas le comprobarían ser una misma firma aquella y las otras. Confesó últimamente Leopoldo que ciego de afición habia hecho aquello, pero que no pensaba cumplir la cédula, aunque sobre ello perdiese la vida. Habia estado don Pedro oyendo esta plática encubierto y ya en diferente hábito que el que traía, con un vestido muy lucido y su hábito de Alcántara en la ropilla y capa, y oyendo esta razon de Leopoldo, sin aguardar á mas, se entró donde estaba, y le dijo: Señor Leopoldo, vos miraréis mejor lo que decís, advirtiéndole en la calidad de la que despreciais, pues con ella os iguala en sangre; ella es mi hermana, y por eso me toca el ampararla y defenderla si no la cumplíredes la promesa hecha: espada traigo en la cinta, y sabré con ella haceros que se la cumplais ó perdais la vida. Replicó á esto Leopoldo que ya tenia mirado en aquel particular lo que podía mirar, y que amenazas no le habian de forzar á hacer lo que no era de su gusto. Encolerizóse don Pedro, y desafió á Leopoldo; la pesadumbre se iba encendiendo mas, las damas salieron á ser el remedio de todo, pusieron en medio de los dos, mandando cerrar las puertas porque no saliesen fuera. Con todo lo que habia pasado en la pesadumbre no habia reparado el Embajador en la persona de don Pedro, sino que se creyó que habia venido tras de su hermana; y el verle con lucido vestido, hábito y sin anteojos, que siempre los traía, le hizo desconocer; mas reparando mas en él, conoció en que el huésped que tenia como truhan era el que desafiaba á su sobrino. Como Margarita viese que su padre no apartaba los ojos de él con admiracion, cayendo en lo que podia ser, le dijo: Señor, el que miras en diferente hábito es el que poco ha traía otro bien ridículo; don Pedro Osorio de Toledo es quien con donaires nos entretenia; apaciguado este disgusto, sabrás la causa que le movió á ponerse en esa forma. En nueva admiracion quedó el Embajador, y no dejara de preguntar á su hija le declarase aquello, si el ver á los dos caballeros empuñadas las espadas y en

vísperas de hacer aquella sala palestra de su duelo no se lo estorbara. Comenzó por blandas razones á persuadir á su sobrino que no rehusase lo que le habia de estar tan bien, pues de no lo hacer se seguian tantos pesares; y que no se fiase en él, porque vista la poca razon que tenia y la ofensa que á aquella dama hacia, habia de ser contra él, ayudando á sus contrarios, hasta hacerle casar. Y que en cuanto á su hija, se desengañase que no seria su esposa, porque ella no se hallaba obligada de él, con las pocas finezas que con ella habia hecho. Vióse Leopoldo atajado por todos caminos y en víspera de perder la vida; y así hubo de condescender con lo que su tío le decía, dando de nuevo la mano á doña Blanca y abrazando á su hermano, antes desconocido, por quien era. Entonces Margarita dijo á su padre cómo aficionado de ella don Pedro, se habia introducido en su casa con hábito de juglar, cosa en que se hallaba con obligaciones de premiarle aquella fineza, si en ello tenia gusto; mostróle tener su padre, y con su licencia se dieron las manos, llegando don Pedro á ver cumplido su deseo. Las bodas de los dos fueron de allí á quince dias, en que asistió lo noble de la corte; hizose aquella noche una lucida encamisada, habiendo carrera pública aquella tarde. El Rey honró á estos dos caballeros, con que vivieron en España muy contentos con sus esposas.

A todos los oyentes dió gusto la novela de Garceran, que así se llamaba el que la refirió, divirtiéndose asimismo Rufina, que desde su aposento la habia escuchado. Hacia el ermitaño Crispin gran confianza de ella; y así no excusó que se tratase aquella noche de muchos designios que tenian los compañeros de burlar en partes donde tenian avisos que habia hacienda; algunos hurtos reprobó Crispin con su autoridad y experiencia, y otros reprobó por los inconvenientes que allí les propuso; era el norte de aquella compañía; y así, ninguno excedía de lo que él ordenaba. Era hora de recogerse, y por aquella noche no se hizo particion de lo hurtado, divirtiéndolo para mejor ocasion, quedando en depósito del ermitaño, que con fidelidad lo guardaba. Recogidos los compañeros, Crispin no lo quiso hacer hasta verse con Rufina y darle las buenas noches; hallóla mas gustosa que hasta allí habia estado, con que se holgó mucho; preguntóla que qué la habia parecido la novela. Díjole que muy bien y que con oír muchas como ella divirtiera su melancolía. No la tengais, dueño mío, se atrevió á decirle el falso hipocriton, que muchos divertimientos de estos habeis de tener y aun medras en esta casa, si lo esquivo moderais. Parecióle á Rufina que era tiempo ya de dejar severidades y tristezas á un lado, y desde aquella noche comenzó á hacer mejor rostro al hipócrita, por llevar á efecto el asalto que le pensaba dar. Con esto se fué Crispin á dormir, llevando grande confianza que aquella roca se habia de rendir poco á poco, pues lo mas estaba hecho, que era echar á un lado la santimonia y quitádose la máscara.

## CAPITULO XV.

Rufina da á Crispin un narcótico; durante el sueño lo roba, y huye con Garay á Málaga; avisa con un anónimo al corregidor que Crispin es encubridor de ladrones, y sale con Garay para Toledo; escápase Crispin de la cárcel, y se encamina tambien á Toledo, en donde ve á Rufina, y prepara el modo de vengarse del robo que le hizo.

El dia siguiente, antes de salir la aurora, ya los oficiales de la garra habian dejado la ermita, yéndose á buscar la vida á costa de pacientes; Crispin habia de ir á la ciudad á pedir la limosna ordinaria, y despidióse de Rufina; ella le encargó hiciese diligencia de saber si su hermano estaba en Málaga, dándole las señas de su rostro y talle, bien diferentes del rostro de Garay; dejóla cerrada el hermano, cosa que á ella se le dió poco, porque desde Córdoba traía hechas llaves maestras, forjadas contra el robado genovés. Quedóse sola en la ermita; ya estaban de concierto ella y Garay que en viendo en Málaga al hermano Crispin, él se viniese á la ermita; así lo hizo, viniendo en uno de los dos cuartagos; fuéle abierta la puerta por Rufina, y en breve espacio le dió cuenta del trato del ermitaño, de su afición y cómo tenia en aquella ermita tanto dinero junto, hurtado en buena guerra.

Deseaba Rufina engañar á Crispin de modo que en lo que tocaba á moneda no le quedase un dinero solo; y así previno á Garay que luego volviese á la ciudad y le buscase unos polvos conficionados de modo que infundiesen sueño, que estos prevenia para la burla que le pensaba hacer; y que desde aquella noche no se le pasase ninguna sin dormir con su cuartago cerca de la ermita, en una parte que le señaló desde una ventana que sojuzgaba toda aquella campaña. Con esta advertencia Garay volvió por la posta á Málaga, y le trajo los polvos en breve tiempo, sin que hubiese venido Crispin, porque todo el dia ocupaba en juntar la limosna, y hasta cerca de anochecer no volvia á la ermita. Volvió pues, siendo alegremente recibido de Rufina con muchas caricias, que fueron para él grandes lisonjas, hallándose cada punto mas enamorado de la moza; mostróle lo que habia juntado de la limosna, dado de buena voluntad, y sin esto algunas cosas que él pudo agarrar, sin verlo sus dueños, como eran dos jarros de plata y una gargantilla de perlas: descuido de quien las dejó á mal recaudo, sin temer las malas manos de Crispin; la gargantilla dió luego á Rufina, haciéndosela poner, con que le dijo muchos requiebros. Ella le agradeció el presente, con que aquella noche cenaron amigablemente, haciendo la sobremesa un apuntamiento acerca de sus amores; no tuvo muy en contra la respuesta, con que libró su dicha en promesas de futuro, que esperaba ver presto cumplidas.

Estaba concertado entre los ladrones hacer capítulo la noche siguiente, y rehusábalo Crispin todo lo que podia, porque no se hiciese, porque lo hurtado se habia hecho carne y sangre en él; y así no quisiera que vinieran, aunque se previno de una traza, que fué luego que llegaron decirles que no parasen allí, porque tenia

aviso de la ciudad que la justicia andaba envidada de buscar á un homicida, y que en caso de traicion no valian los sagrados á los delincuentes; que se temia no viniesen á su ermita, donde fuesen conocidos algunos de ellos, que los buscaba la justicia. En gente de este porte siempre es creible cualquier novela de este género, y así creyeron á su caudillo y se fueron de la ermita, con que nuestro Crispin quedó á solas en ella con su dama, la cual le habia prometido favorecerle aquella noche, con que estaba loco de contento, no viendo ya la hora de verse favorecido de aquella hermosura. Llegóse la hora de cenar y tenian bien con que hacerlo, porque Crispin habia traído el dia antes mucha caza de volatería, y la tenia para la cena prevenida, con muy gentil vino, de lo mejor que habia en Málaga, de que estaba llena una bota. Aderezada la cena con ayuda de Rufina, que en esto se mostró solícita, se puso la mesa y comenzaron los dos á cenar gustosamente; los brándis se menudeaban, advertida la hembra de gobernar la taza con tal cautela, que Crispin siempre bebió vino que estaba misturado con aquellos polvos que infundian sueño; bebió el hermano espléndidamente, rematándose con el postrero brándis la cena, á que se le siguió luego un pesado sueño, tan grande, que Rufina hizo experiencias de él, procurando despertarle con tirarle de las orejas y narices, y era como si tirara de un cuerpo sin sentido y muerto; con esta seguridad bajó á la bóveda, y de unas arcas que en ella habia sacó cuanta moneda ocultaban, que no era poca; esta puso en unos talegos muy liados con cordeles, y los acomodó en unas bizazas de cuero, en que parte de aquel dinero habia sido hurtado á un tratante de ganado mayor y obligado de una carnicería.

Hecho esto, Rufina salió al campo, y con una seña que hizo acudió Garay á la ermita con brevedad; díjole Rufina en el estado que estaban las cosas; cargaron con el dinero, y las alhajas se dejaron, con no poco sentimiento de los dos, mas á su razon de estado importaba esto para no ser conocidos por alguna de aquellas piezas y malograr con esto su diligencia. En breve acomodaron la moneda en el cuartago, y los dos se pusieron á caballo, yéndose á Málaga, no poco ufanos de habérsela pegado al mayor ladrón de toda la Europa tan á su salvo. Llegaron á Málaga, y en la posada de Garay se aposentaron, estando Rufina oculta de los huéspedes aquella noche y esotro dia. Sabia Rufina cuándo estaban determinados de tener junta los ladrones con su jefe Crispin, que era para de allí á cuatro dias, y previno lo que se dirá adelante, que me llama Crispin, á quien dejamos dormido.

Pasó toda la noche durmiendo cerca de la mesa en que habia cenado, y ya bien entrado el dia, despertó, no sabiendo lo que habia pasado aquella noche; llamó á Rufina, acordándose que por su mucho sueño habia perdido la ocasion que habia deseado, de que no poco se lastimaba; repitió con voces el nombre de la astuta moza, mas fueron en balde; buscóla por toda la casa, la iglesia y bóveda, y no hallándola, salió al campo á bus-

carla, y halló las puertas cerradas, cosa de que se maravilló mucho, con que pensó que le había sucedido á Rufina una desgracia; buscóla de nuevo, mas hallando las arcas abiertas y vacías de la moneda que guardaban conoció que se la había llevado, y que ella era causa de su fuga; parecióle que por aquel campo estaria, porque no se atreveria á salir con la oscuridad de la noche. Buscóla todo lo que pudo, pero fué en balde; con que á costa de su sentimiento hubo de tener paciencia, corrido de que á un ladron tan antiguo como él le hubiese hecho herida una flaca mujer, infiriendo de esto que todo cuanto habia hecho con él era fingido por robarle. Este dia fué á Málaga, por si acertaba á toparla en la ciudad. Encontró con Garay, y como no le conocia Crispin, porque no le habia visto, todo fué cansarse.

Ya Rufina y Garay tenían prevenida su partida para Castilla; mas no quiso ella partirse sin darle un mal rato al hipócrita ermitaño. Ella sabia el dia que habian concertado los ladrones hacer capítulo y junta en la ermita, que quiso aquel mal hombre hacer receptáculo de delinquentes, digo su casa ó celda para que fuesen hallados juntos, y llevasen el castigo que merecian por sus delitos. Escribió un papel al corregidor, dándole en él razon de dónde y cómo se podrian prender; y con esto partiéronse de Málaga, deseando parar en Toledo, donde los dejarémos ir su camino, por decir que el corregidor, luego que recibió el papel, aguardó á que fuese ya de noche, y yendo con alguna gente á la ermita, la cercó y entró dentro, donde halló á Crispin bien descuidado de aquella visita. Buscóle la casa, bajó á la bóveda y dió con los compañeros; halló allí las escalas, ganzúas y llaves maestras, cosas concernientes al rapante ejercicio; asimismo vió en las arcas piezas de plata y alhajas de precio, indicios que manifestaron el trato de aquella virtuosa gente, á quien mandó prender y maniatar fuertemente. Crispin estaba turbado de suerte que no acertaba á hablar á lo que le preguntaban. El corregidor le dijo: Mal hombre, vil hipócrita, que con capa de santidad ejerces latrocinios, ¿no te bastaban para tu sustento las muchas limosnas que hallabas, dadas por caritativos pechos, suficientes para tener una muy buena pasada en un lugar cómodo para servir á Dios nuestro Señor, sino valerte del mas infame ejercicio del mundo? Tú has venido á mis manos; de ellas saldrás tú y todos tus compañeros para una horca. Con esto los llevaron, donde sustanciada la causa, fueron condenados á muerte, porque confesaron muchos delitos, todos culpando á Crispin, que era quien les daba aviso de los hurtos y abria las puertas para hacerlos. El anduvo tan valeroso en el tormento, que negó fuertemente; mas con todo no se pudo librar de la sentencia, si bien despues se libró de la cárcel. Diéronle en ella unas terribles tercianas, por donde se dilató en él la ejecucion de la justicia, si no la de sus cómplices, que fueron luego ahorcados. Y cuando estaba Crispin para entrarle en la capilla, en hábito de mujer salió á medio dia de la cárcel, con no poca admiracion de todos, y con mucha pesadumbre para el alcaide de la cár-

cel, que le costó muchos dias de prision, culpándole que con sobornos le habia dado libertad; mas él se libró de esta acusacion, dando la persona que le dió los vestidos, que por ello fué á galeras.

Caminando Rufina y Garay por sus jornadas á toda priesa con gentil moneda, llegaron á la imperial ciudad de Toledo, donde pensaban tomar asiento, llevando Rufina intencion de portarse en aquella ciudad con mucha ostentacion, y para dar mas honesta capa á su estancia, fingió que Garay era su padre; con esto tomó casa autorizada en buenos barrios; la familia era una esclava que compró en Málaga, y otra doncella de labor que recibió allí, un pajecillo y un escudero; ella se puso las reverendas tocas de viuda, y Garay, vestido honestamente, llamábase don Jerónimo, y ella doña Emerenciana; el apellido fué Meneses, diciendo descender de los nobles que ilustran á Portugal; con todo esto puesto en astillero, fué comprando las alhajas convenientes á la casa de una principal viuda, fué visitada de las señoras del barrio, quedando muy pagadas de su agrado y cortesía, con que fué granjeando algunas amigas, de las que se pensaron que era oro todo lo que relucia en Rufina, teniendo creído descender de la noble familia de los Meneses. Salió Rufina á la iglesia mayor, adonde fué vista de la juventud ociosa, y conocida por dama recien venida á la ciudad; y como era de buena cara, presto tuvo aficionados y que la paseaban su calle. Mientras ella se iba informando de los que mas adinerados eran para continuar con sus cautelas, la dejarémos, y á los penantes en su pretension amorosa, para dar la vuelta á Málaga, que dejamos libre de la cárcel al hermano Crispin.

Luego que Crispin se vió libre por su buena maña, no paró en Málaga, antes se fué á un bosque que está vecino á la ciudad, donde pasó todo el dia, y en viniendo la noche se acercó á la ermita, habitacion que fué suya, mientras fué creído de los de Málaga que era buen cristiano. Habian puesto en su lugar á un buen hombre, que acudia á pedir por las iglesias para un hospital; este aun no estaba de asiento en la ermita, porque le habian de aderezar primero la casa. Fué, como está dicho, Crispin á ella, y en la parte que caia al mediodía, cerca de unas losas, señaló que él habia puesto para conocer mejor el sitio, cavó con una estaca, que en el bosque habia hecho, la tierra, de donde desenterró un talego que allí tenia reservado, con unos doblones, de la demás moneda que de monton se juntaba, que en estas partijas siempre salia mejor mejorado por el oficio de adalid de aquella gente *non sancta*. Con estos doblones, que serian hasta quinientos, se fué á la ciudad de Jaen, adonde tenia un amigo, hombre del trato de la rapina; ya él sabia la fuga que habia hecho de la cárcel, como antes habia sabido su prision, que le puso en harto cuidado, temeroso de que en el potro no le encartase, que se habian hallado en algunas caravanas de hurtos los dos. Holgóse este camarada mucho con la presencia de Crispin, el cual iba mal vestido, porque el hábito se le habian quitado por indigno de traerle, y los

bajos eran muy trabajosos; presto se remedió esto con dar Crispin dineros á su huésped para que le comprase un vestido bueno de color; este se vistió y ciñó espada, con que parecia otro, habiéndose cortado la barba, que la traia muy larga.

En este nuevo hábito asistió algunos dias en Jaen el buen intencionado Crispin, hasta que se ofreció hacer un hurto en Andújar, y fué de cantidad; hubo particion de él fiel y legalmente; y temiéndose que por las diligencias que hacia el lastimado no fuesen descubiertos los delinquentes, á Crispin le pareció bien poner tierra en medio y no aguardar á verse en otra fiesta como la de Málaga, de donde no hizo poco en escaparse. Acompañóse de un mozo, natural de Valencia, persona de buen talle, y con su moneda dieron con sus cuerpos en Toledo, donde no habian estado mas que de paso, por lo cual estaban ciertos que no serian conocidos. Llamábase el valenciano Jaime, y era hijo de un alpargatero de Valencia, y por travesuras que habia hecho con alguna cantidad de ropa de que se descuidaron sus dueños, andaba fuera de su patria; era de edad de veinte y cuatro años, blanco, rubio, de gentil disposicion, y sobre todo de vivo entendimiento, y gran bellaco socarron. Este mozo se vistió, á costa de los que lo padecian, muy al uso con galanes vestidos; y un dia los dos se fueron á misa á la iglesia mayor, llegando á oír á una capilla, donde acertó á estar Rufina, llamada allí doña Emerenciana; conocióla luego Crispin, de que recibió mucho gusto; cuanto pudo se encubrió de ella por no ser conocido, aunque de eso podia estar seguro; porque el haberse cortado la barba y mudado de traje le hacian desconocido de quien antes le vió con el hábito de ermitaño. Mostróle á Jaime su compañero á la viuda, la cual le pareció muy bien, y aconsejóle que la fuese siguiendo, sin ser notado de ella, hasta saber dónde posaba; fácil fué de saber la casa, y de los vecinos de la calle que se llamaba doña Emerenciana de Meneses, venida allí de Badajoz con su padre. Quedó escocido Crispin de la burla de esta moza, y juró que pues su dicha se la habia traído á sus ojos, no se habia de ir de aquella ciudad sin desquitarse del hurto con algunas mejoras, para lo cual instruyó á Jaime en lo que habia de hacer y lo que se habia de fingir para con ella, no descubriéndole quién era. Presto se ofreció ocasion de representar el papel que tanto estaba ensayado entre él y Crispin; y así, una tarde cuando tocaban las oraciones, que era casi de noche, hubo una pendencia en la calle de Rufina, de que salieron dos de ella muy mal heridos. Apenas la justicia se halló allí, haciendo ir á curar los heridos á sus casas y prendiendo algunos de la calle, que no se hallaron en la pendencia, la dejaron despejada de gente, porque nadie queria, por hallarse allí, verse puesto en prision sin tener culpa.

En esta ocasion se comenzó la quimera de Crispin y Jaime, que este, instruido por el marrajo y mal ermitaño en lo que habia de hacer, se puso un hábito de Montesa en un galan vestido negro, y emparejando con la casa de Rufina, dejó la capa en manos de Crispin, y

sacando la espada, se entró en ella, fingiendo ir asustado; halló la puerta de la escalera abierta, y subiéndose por ella, llegó hasta la pieza del estrado de la señora viuda, en que estaban ella y sus dos criadas. Alborotáronse de ver entrar á aquel hombre así, con la espada desnuda, en cuerpo y alborotado. Levantóse del estrado Rufina y sus criadas, y él la dijo: Si la piedad no falta en esa hermosura que veo, hermosa dama, os suplico que vuestra casa sea mi amparo para ocultarme de la Justicia que viene en mi seguimiento; habiéndome conocido por delincuente de una muerte que le hecho en una pendencia que se trabó en esta calle, dió con mi persona en la que está vecina á ella, y cayera en sus manos sin duda alguna, si con valor no me resistiera, haciendo á dos ministros, que venian con el alcalde mayor; valme de los piés, que con la justicia es respeto y cordura volverla las espaldas. Púseme en fuga, y ellos en mi seguimiento; acerté á ver esta puerta abierta, é hice eleccion de esta casa para que sea mi amparo; suplicoos que si no recibis enfado, yo esté aquí hasta que vea pacífica de gente esta calle y pueda salir; pero si extrañais verme y os causa algun enfado, aunque sea con riesgo mio me volveré á salir á la calle, porque mas quiero ser preso que descortés con vos. Ya hemos pintado el talle de Jaime, que desde esta noche se ha de llamar con mas requisitos. Vióle Rufina con atencion, y la que estaba ajena de aficionarse, sino solo á la moneda y á ser polilla de ella, de solo ver á este hombre se le inclinó, y así le dijo: Nunca en las personas de mi calidad ha faltado la piedad, y mas con quien juzgo por el buen exterior la buena sangre que debe de tener; y así, pesándome de vuestro disgusto, os ofrezco esta casa para que en ella estéis oculto todo lo que fuere menester para deslumbrar á quien os sigue; que no fuere razon dejaros en sus manos pudiendo libraros de ellas; sosegaos os suplico, que cuando la justicia os busque aquí, yo tengo parte secreta donde os podré esconder. Agradeció el jóven la merced que le hacia, y ella replicó: Mi estado os dice el recogimiento que debo tener en mi casa; por esto yo os la ofrezco por todo el tiempo que fuere necesario hasta componerse vuestras cosas; mas mi padre vendrá, aunque algo tarde, y si él gusta de que asistais en su cuarto, yo estaré muy contenta. De nuevo rindió gracias el cauteloso mozo por el favor. Ellos, que estaban en esto, llamaron á la puerta con grandes golpes, diciendo que abriesen á la justicia; alborotáronse todos al principio; mas cobrándose del susto Rufina, tomó por la mano á Jaime y lo llevó á un tocador suyo, donde habia cierto tabique doblado, que cubria un paño de tapicería, y allí le dejó, diciéndole que tuviese seguridad que no seria hallado; con esto mandó abrir la puerta; por ella entró Crispin, que se atrevió á mucho de ser conocido de Rufina, fiado en que en el nuevo traje se le deslumbraria; venia con Crispin otro picaron conocido suyo; traian á fuer de justicia linterna, vara corta y armas de fuego; entraron pues adonde estaba la viuda, que los recibió con mucha cortesía, haciéndose de la que ignoraba á qué pu-

diesen venir. Crispin la saludó cortesmente y dijo: Aunque sea atrevimiento, señora mía, el daros un poco de enfado, el oficio que ejercemos nos manda hacer las diligencias posibles por cumplir con él; yo soy mandado del señor corregidor, que reconozca las casas de este barrio, por si en ellas hallo un delincuente que andamos buscando; en las vecinas hemos estado, y solo falta por ver la vuestra; perdonad el que se mire todo, que con esto cumplimos con nuestros superiores y nuestras conciencias. Aunque por mi verdad, dijo Rufina, os pudiéades asegurar tanto como con la experiencia, diciéndoos que aquí no ha entrado nadie; no quiero que me tengais por persona que amparo delincuentes facinerosos, si este que buscáis lo es; y así os hago la casa franca para que se vea toda si está en ella el que buscáis. Alumbroses una criada con una bujía, y ellos miraron mucha parte de la casa, dejando algo de ella, porque esto se le atribuyese á cortesía. Esto hecho, con la misma cortesía que entraron se despidieron; habiendo hecho esto á costa de su peligro, porque su compañero apoyase la trama que llevaba urdida.

## CAPITULO XVI.

Sigue Crispin disponiendo los medios para robar á Rufina; se vale para ello de su compañero Jaime, que se enamora de ella.

Salió el mentido caballero de donde estaba, mostrando en el rostro alegría de haberse escapado de quien le buscaba, y con agradecidas razones comenzó á ponderar el favor que le había hecho la viuda. Ella, que se iba prendando de él mientras le veía, significó que si como su deseo era de servirle lo pudiera ejecutar, que allí fuera servido, más que aguardase á su padre, que ella acabaría con él que por lo menos aquella noche no le permitiese salir de allí. Antes os suplico, dijo Jaime, conociendo ya en ella que se le inclinaba, que le diese licencia para irse, que lo que pensaba hacer era retirarse á un monasterio de religiosos, y desde allí avisar en la posada á sus criados que estaba retraído, para que acudiesen allá, y esotro día partirse á Sevilla, porque á su tierra no podía por entonces volver; pesóle á Rufina de ver en él aquella resolución, y díjole que le pedía no se determinase á lo que intentaba, por el peligro que le podía venir, que aguardase allí un par de horas.

El se ofreció á obedecerla, y dejándole hablando con la criada que había en Toledo recibido, le pidió Rufina licencia para acudir á cierta cosa que le dejó encargada su padre antes que viniese. Este achaque tomó para comunicar con su esclava, que era con quien más se entendía, sus pensamientos; retiróse con ella á otro aposento, adonde la manifestó cuán bien le había parecido aquel caballero, y que se le hacía de mal dejarle ir de su casa, á riesgo de que le prendiesen; y que por otra parte, no sabía si Garay tomaría á bien que quedase allí aquella noche; la esclava era ladina y sabía bien lo que había de aconsejarla á su ama; hablóla al gusto diciéndola: Señora, en tí sería felicidad hacer cualquiera demostración de amor con este forastero con tan poco

trato; pues librar en que Garay le admita en casa por esta noche, dándole mucho; lo que te aconsejo es que pues esta casa es grande y tiene algunas piezas que no se habitan, como son dos, que se baja de tu cuarto á ellas, que allí le hospedes, y déjame el cuidado de aderezarle la cama y lo necesario, que yo lo haré con brevedad; y esto ha de ser sin que llegue á noticia de Garay, que él está de partida para Madrid dentro de dos días, y tú quedarás con el que ya amas en casa, dándole, para que no se vaya, á entender que la justicia no se aparta de esta calle. Parecióle bien á Rufina el consejo de la esclava, y mandóla ir á aderezar el aposento que se le señalaba al jóven, lo cual hiciese poniendo en la cama limpia y olorosa ropa, de la mas delgada que había; así la obedeció la berberisca, con que Rufina volvió á verse con el galán, diciéndole: Señor mio, yo sin licencia de mi padre la he tomado en mandaros aposentar en esta casa, donde á sus ojos esteis oculto, como lo deseais estar á los de la justicia; tenedlo por bien, y recibid de mí este pequeño servicio, de que debeis dar gracias por la voluntad con que le hago, deseosa de vuestra quietud. Con mayores exageraciones que las hechas agradeció Jaime el favor que de nuevo se le hacía, contentísimo de ver que aquel peje había dado en la red del amor, segun las demostraciones manifestaban. Estuvieron los dos hablando en varias pláticas, en que Jaime comenzó á alabar á la viuda su hermosura: lisonja siempre creída de las mujeres, y de esto resultó el mostrarse inclinado, con que fué hacerla á ella la cama, para entablar lo que deseaba, que era ver esto, y que su hermosura fuese quien estos milagros hacia de un fugitivo y temeroso un enamorado. Vino luego la esclava, habiendo hecho lo que se le había encargado; con esto llevó Rufina á Jaime al aposento, y dejándole en él con luz, le dijo que tuviese paciencia en quedarse solo hasta que ella dejase recogido á su padre. Túvolo el galán por bien, encargándola no dejase de volver á verle, porque sin su vista lo pasaría mal aquella noche. A mí me importa, dijo ella, porque deseo saber muy despacio quién sois y el origen de vuestra inquietud. Con esto se despidió de él, mirándole con una ternura de ojos, que le alentaron al astuto mancebo para esperar buen fin en su empresa.

No era tan viejo Garay que no tuviese sus pocos de brios para desear ser galán de Rufina y tratar de casarse con ella, si él no fuera casado; andaba ausente de su mujer, que la tenía en Madrid, como muchos que, ó por varios en las condiciones, ó por enfadados de sus mujeres, las dejan, olvidándose de ellas, para que viendo su desprecio y olvido, traten de buscar consuelo con quien mas atentos á sus gracias gusten de ellas, para ofensa de los que tampoco las estimaron. Había dias que Garay no sabía de su esposa, y presumía que debía ser muerta, y determinaba de dar una vuelta á Madrid y certificarse de esto secretamente, para si era muerta tratar de casarse con Rufina, representándola las obligaciones que le tenía; con este pensamiento andaba de partida, y la tenía concertada de allí á dos dias. De-

jémosle en esto, y volvamos á Rufina, la cual luego que hubo venido Garay, le dió de cenar, excusándose de hacer esto en su compañía por fingirse indispueta, cosa que él creyó fácilmente. Acabada la cena, era costumbre suya irse luego á la cama á dormir; aguardó á que lo hiciese así Rufina, y cuando sintió que dormía, mandó á sus criadas prevenir la cena al encerrado galán, con quien pensaba cenar con mucho gusto. Hizose así con brevedad, con que cenaron los dos regaladamente, yéndose Rufina por puntos declarando con acciones demostrativas que estaba rematada de amores. Luego que se alzaron los manteles, mientras las criadas cenaban lo que de la mesa había sobrado, que no era poco, pidió á su huésped que le dijese su nombre, patria y á qué había venido á aquella ciudad; y él, por darla gusto, fingió esta quimera, para la cual le pidió atención, y él dijo así:

Mi patria, hermosa señora, es Valencia, ciudad de las mas nobles de España, como os lo habrá dicho la fama que de ella corre siempre, pues con ella la gana á muchas ciudades en lo noble, en lo rico y en lo afable de su clima y amenidad de sus campiñas; soy allí de la noble y antigua familia de Pertusa, bien conocida en todas partes; mi nombre es don Jaime Pertusa, á quien nuestro Rey, por servicios de mis antepasados, me honró este pecho con la roja cruz de Montesa y la encomienda de Silla, que es de las mejores de aquella orden; sin lo que vale tengo un mayorazgo que de mi padre heredé, que valdrá tres mil ducados de renta; nací solo y con las obligaciones dichas; puse los ojos en doña Blanca Centellas, dama ilustre y de muchas partes en Valencia, á quien serví con muchas finezas; no me las pagaba con el amor que ellas merecian, siendo de esto causa estar esta señora aficionada á un caballero que la servia tambien, llamado don Vicente Pujadas; este fué á mí preferido, con que yo desesperaba de celos. Quiso este caballero quitar delante de sí todo lo que le podía hacer estorbo en su amorosa pretension; y así, una noche que me halló en su calle, acompañado de tres criados me acometió, llevando yo solo uno conmigo; defendíme cuanto pude, mas salí mal herido de la pendencia, de suerte que pensaron que muriera de las heridas. No se pudo averiguar quién había sido el que me hirió, aunque todos lo presumian, y la justicia por la fama de ser don Vicente mi competidor le prendió, mas él probó la coartada con sus criados, con que fué libre. Convalecí de mis heridas, y sentido de ver con la ventaja que mi competidor me había acuchillado, no quise para vengarme guardarle nobles respetos, sino con la misma le acuchillé, de modo que él salió mas mal herido que yo; hubo personas que me conocieron en la calle y depusieron contra mí, cosa bien nueva en Valencia, porque por este camino raras veces se averigua nada; fué fuerza ausentarme temiendo el peligro del herido, que le daban poco término de vida, y el mio, si sus deudos trataban de vengar su muerte. Salí de Valencia y vine á esta ciudad, donde ha un mes que estoy; en él he sabido de persona confidente de Valen-

cia, con quien me correspondo, que mi contrario está ya sin peligro, y convalece á toda prisa, y juntamente está capitulado con doña Blanca. De esto he tenido mas sentimiento que de haber hoy encontrado dos hombres, que pagados por don Vicente, vinieron aquí á matarme por su orden; acometiéronme en esta calle, herí al uno, pienso que de muerte, con que me escapé de sus manos con la gente que acudió á meter paz; hallé vuestra casa para refugio mio, donde ya no temeré el peligro de la justicia que me pueda prender el cuerpo, siendo presa mi alma de vuestra hermosura, si bien es dulce la prison, y en que yo estaré lo que mi vida durare, como sea con gusto vuestro.

Aquí cesó la narración del fingido don Jaime, dejando á Rufina contentísima de ver en aquel caballero partes para ser amado y principios de afición en él, con que le prometía ser ya esposa suya. Esto discurrió en breve instante, y lo que le respondió fué: Señor don Jaime Pertusa, mucho me pesa que hayais conocido á Toledo para disgustos vuestros; que con ello no tengais intencion de volver tan presto á la patria, podría estarle bien á quien desea veros en esta ciudad muy asistente, y os aseguro que á poder por mi parte hacerlo, lo emprendiera por todos los caminos que hubiera, aunque entraran aquellos que con pactos fuerzan las voluntades; si es verdad esto, lo que la naturaleza no hizo, quisiera que hiciera la industria. Una voluntad me debeis de poco tiempo á esta parte, que si como es os obligara, me pudiera tener por muy dichosa, y fuera el mas eficaz hechizo que yo pudiera hacer; no me hizo el cielo tan hermosa como deseara ser en esta ocasion; mas si afectos de amor obligan, yo espero de vos que conozcais en breve las obligaciones que me debeis. Mil veces, dijo don Jaime, beso la tierra que pisan vuestros chapines, pues aun de ella con el favor que de vos recibo no es digna mi boca; no pienso que os deba nada que no os haya pagado, y así no temo pleito de acreedores. En cuanto á desear forzarme el albedrío, os respondo que es menester poca fuerza para quien le tiene rendido, y con esto que os digo habréis excusado el valeros de ilícitos medios, cuando vuestra hermosura es el mas poderoso hechizo que me enajena de mí por estar en vos; dichosa la hora en que fuí acometido por aquellos asesinos de mi patria, pues por un disgusto que en ella tuve, hallo en su descuento mil gustos que le consuelan; con los favores que oigo de vuestra divina boca déme el cielo vida, que si ya mi amor seguro y en bonanza, me prometo felicísimo puerto en vuestra gracia; con ella renuevo alientos y pierdo la memoria de mi patria, pues adonde tengo dicha y gusto, allí es la mía. Estas y otras razones amorosas pasaron don Jaime y Rufina, sabiendo el bellacon enamorarla bien, y ella, dejándose llevar de su engaño, no atendía á otra cosa que estarsele contemplando perdida de amor; el tiempo se pasaba en estos coloquios amorosos, y así cerca de las dos de la noche Rufina se retiró á su cuarto, bien pesarosa de hacerlo, y el engañoso mozo se quedó á acostar,